

Vidas invisibles

Poeta al teléfono

La italiana Alda Merini pasó largas temporadas ingresada en 'manicomios' pero nunca dejó de crear una obra por la que, hace veinte años, Dario Fo se empeñó en que fuera propuesta para el Premio Nobel

“Picasso hacía lo mismo. No le permitían, dibujar, así que embadurnaba con barniz fresco las sábanas recién lavadas, tanto que le tacharon de idiota y endiablado. Jóvenes o viejos, los genios han hecho siempre cosas de lo más extrañas”, escribió la poeta Alda Merini (Milán, 21 de marzo de 1931 - 1 de noviembre de 2009) en uno de los pequeños textos que recoge el libro *La vida fácil*. *Slabario*, publicado por Trama Editorial recientemente. Merini habla en ese capítulo titulado *Agenda telefónica del genio*, de la rareza, y lo hace en este caso partiendo de sus propias manías: cuando estaba en casa, solía apuntar números de teléfono en la pared. Dice en este texto que eso ocurría porque en el batiburrillo del hogar —con cuatro hijas, muchos escritos y poco tiempo para la organización del día a día— era incapaz de encontrar un bolígrafo y un papel en el momento justo.

Pero también podría haber hablado, como lo hacen los traductores del libro en el prólogo, de sus largas conversaciones telefónicas, de sus muchos cigarrillos al día (hasta ochenta), de cómo le surgían imágenes y con ellas poemas cuando las mantenía, de todas las veces que le dictó su editor esas obras al aparato, del collar de perlas que llevaba siempre al cuello aunque no tenía una lira. Y de sus problemas mentales, que durante dos décadas la tuvieron entrando y saliendo de hospitales psiquiátricos, y que jamás silenció. Al contrario: fueron tema literario para ella.

Merini era una persona diferente. Lo fue desde pequeña, cuando su primer verso, “escrito con tiza en la pizarra, llamó la atención de todo el mundo. Incluso a mí me cogió por sorpresa. Comencé a creerme poeta”. Lo creyeron otros muchos también, y lo creyeron enseguida. Cuando solo tenía quince años, el poeta y crítico Giacinto Spagnoletti la descubrió y la incluyó en su antología de la poesía italiana del periodo 1909-1949; y un par de años después, gracias a la intermediación de Eugenio Montale y de Maria Luisa Spaziani, otros dos creadores de la época, dos de sus poemas inéditos formaron parte de otro volumen recopilatorio, *Poesie del Novecento*.

Nadie habría podido decir que Merini llegaría tan alto, no ya por la edad, sino por el origen humilde y la falta de estudios. Una vez se encontró a un famoso banquero por la calle y le dijo “Tengo hambre...”. A lo que el banquero hizo oídos sordos —le dedicaría más tarde unos versos—. Hija de un dependiente en una compañía de seguros y una ama de casa, la menor de tres hermanos no pudo entrar en el Liceo porque suspendió el examen de italiano. Pero el genio no encuentra obstáculos, y entre los 15 y los 22 años lo suyo fue un no parar de escribir y de conocer artistas de renombre a pe-



Merini, cigarrillo en mano y collar de perlas al cuello



Escribió: “Salir vivadel manicomio fue mi Premio Nobel”

“

Reconocida tarde, fue una de las voces más profundas de la poesía italiana del siglo XX

y muerte, el infierno de Dante, pero hice amigos allí”, describía ella después. “El manicomio fue la única vida social que conocí”, escribe en *La vida fácil*. “Salir vivafue un milagro, allí se entraba para morir”, dijo. “Ese fue mi Premio Nobel”.

Es el tiempo en el que pasará largas temporadas en el hospital —y cuando vuelve a casa, tiene otras tres hijas—. La situación familiar era tal que a las crías las fueron cuidando otras familias, lo cual sin duda tampoco ayudaba a la estabilidad de la madre. Como tampoco lo hacía la precariedad económica, que sería una constante en su vida (murió casi en la indigencia, ya se sabe que la Literatura no da muchas alegrías en ese sentido). Tras la muerte del marido, comenzó una relación amorosa telefónica —el teléfono, siempre— que acabaría en boda con el poeta Michele Perri, que la había apoyado en su vuelta al trabajo y para quien ella escribió muchos textos.

A partir de 1979 su creación literaria ya no decae, desde *La Terra Santa* —sobre sus experiencias en el manicomio, publicada en 1984— hasta la novela negra de 2006 *La nera* novela y el ensayo de 2007 *Alda e i Favde*. Premio Elsa Morante Ragazzi. Por el medio hay todo tipo de textos, en verso y en prosa, de aforismos y de carácter religioso, y hasta canciones para algunos artistas italianos del momento. Ganó en 1992 el Premio Librex-Guggenheim Eugenio Montale en la categoría de poesía, que la elevaba al olimpo de los grandes escritores de su país, y su nombre fue propuesto para el Premio Nobel en 1996, el mismo año en el que vio la luz la edición original de *La vida fácil*. Con este ganó otro galardón, y en 1997, otro más. Los reconocimientos irían llegando habitualmente en la última década de su vida, por ser una de las voces más profundas de la poesía italiana del siglo XX.

sar de que en 1947 ya había tenido que estar un mes internada en un hospital (sus padres murieron siendo ella muy joven y casi a la vez, lo que la desequilibró).

A lo que vivió lo llamaba “las primeras sombras de mi mente” y tendría la oportunidad de reencontrarse con ellas muchas veces a lo largo de su vida. Giorgio

Manganelli, Luciano Erba, Davide Turoldo, Salvatore Quasimodo, Vanni Scheiwiller, Giovanni Raboni, Maria Corti y hasta Pier Paolo Pasolini, personalidades de la cultura italiana de aquellos años, fueron de su círculo o mostraron su admiración por ella en algún momento.

En 1953 publicó su primer poemario, *La presenza di Orfeo*, y se

casó con Ettore Carniti, al que estaría ligada hasta la muerte de él en 1981 y no paró bien. Al parecer él era muy celoso y muy infiel. Dos años más tarde tenía en la calle otros dos libros y daba a luz a su primera hija. Hubo después un parón de cinco años en su carrera literaria, hasta una nueva selección de poemas en 1961... Y a partir de ahí, y durante casi dos décadas, nada. Nada publicado, se entiende. Un día que su marido volvió a casa tras estar con otra, la Merini le montó un ‘pollo’ y le golpeó con una silla en la cabeza; a Carniti no le pasó apenas nada, pero a la poeta la llevaron al viejo manicomio de Milán. “Terror, odio, sombra

“

Nadie habría podido decir que Merini llegaría tan alto, no ya por la edad, sino por su origen humilde y su falta de estudios

Elena Serra